

EN PUNTO



mo. En las grandes fábricas es donde hay más posibilidades de organizar una huelga con éxito, una rebelión contra el patronato, un conflicto con el gobierno».

«En cuanto estéis sobre el terreno —sigue diciendo el manual— acordaos de que tenéis poco tiempo a vuestra disposición. Escuchad a los obreros. Aprended lo más posible sobre la fábrica, sobre su historia, sobre los sindicatos, sobre su actitud, sobre todo... No os escandalicéis de las actitudes racistas de los obreros blancos, de su confusión política, de sus discursos a favor de la guerra».

Se recomienda a los militantes que tomen notas sobre sus experiencias. Cuando hayan escuchado mucho y aprendido mucho se les recomienda lo siguiente: «Intentad hablar a los obreros individualmente, empezando por los más receptivos. No toméis la actitud del tipo que lo sabe todo, ya que probablemente ocurra lo contrario. Incluso si sabéis más cosas que los obreros sobre los acuerdos de Ginebra o la dictadura de Diem. Luego, proponedles la ayuda de los estudiantes para todos sus combates futuros, piquetes de huelga o manifestaciones, o una ayuda más teórica».

HABLA JUAN BOSCH

Una dictadura con respaldo popular

El regreso a Santo Domingo del general Wessin y Wessin, jefe del Ejército que se opuso con la fuerza a los «constitucionalistas», en abril de 1965;

la decisión anunciada por el líder del movimiento revolucionario «24 de abril», Héctor Aristy, de retornar también a su país para continuar la lucha,

hicieron de la República Dominicana el centro de interés de todos los observadores preocupados por la evolución del continente americano. Dos hechos recientes han ampliado la importancia de la situación en la República Dominicana: el viaje de Nelson Rockefeller por Latinoamérica y la publicación de la tesis del ex presidente Juan Bosch, «Dictadura con respaldo popular», de la que vendieron sesenta mil ejemplares en un solo día en la República Dominicana, cifra extraordinaria en sí, y más si se tiene en cuenta el alto porcentaje de analfabetos de los países latinoamericanos, con una sola excepción. En Santo Domingo se produjo la más violenta protesta contra la visita del multimillonario gobernador de Nueva York, con tiroteos en las calles, muertos y heridos. Juan Bosch, que hace unos años —antes de la intervención americana en su país— creía en la «Alianza para el progreso», está seguro ahora de que no le faltará el «respaldo popular» a la «dictadura» que expone en su análisis para una solución dominicana.

Hemos venido a verle a su exilio parisiense. Con él estaba su esposa y Héctor Aristy. Juan Bosch se expresa con la serenidad y la elegancia que se adivina inmediatamente en su rostro.

—¿Qué piensa, señor Bosch, del viaje de Rockefeller por Latinoamérica?

—El presidente Nixon trató de suplir con este viaje la falta de soluciones para los problemas de nuestros países. Lo que está sucediendo en esos países no se resuelve ni con dinero ni con poderío militar, pues se trata de que el sistema no funciona ya. Lo que hay que hacer es adoptar otro sistema y abandonar el actual. El señor Nixon dijo que los que protestaban por el viaje de Rockefeller eran minorías insignificantes, a pesar de que tres gobiernos le pidieron al viajero no visitar sus países y de que su jira provocó varias muertes, centenares de heridos y golpeados, miles de prisioneros, pérdidas por varios millones de dólares y movilización de miles de soldados y policías. Me parece que el señor Nixon no ha alcanzado a darse cuenta de lo que significa todo eso en términos de realidad política.

—Habla usted de cambiar los sistemas actuales por otros. A eso obedece su tesis de la «Dictadura con respaldo popular». ¿Quiere hacernos un corto resumen de ella?

—La tesis descansa en estos puntos: No es cierto que los países de América estén dominados por burguesías nacionales aliadas al imperialismo, o

racterísticas propias, pero, en mi opinión, la más destacada es que reinvierten en sus empresas sólo la parte menor de sus beneficios, aquella que es indispensable para que sus negocios sigan funcionando, y dedica la parte mayor a vivir ostentosamente y a depositar dólares en Bancos de los Estados Unidos o de Suiza. Los sectores oligárquicos son capitalistas, como lo es la burguesía, pero en grado y forma diferentes de ésta, y, por tanto, no deben confundirse con la burguesía, así como nadie confunde a la burguesía con la pequeña burguesía. Los frentes oligárquicos están compuestos, principalmente, por latifundistas, comerciantes importadores y exportadores, Banca, pequeña burguesía burocrática y militar y el imperialismo pentagonista, que es su sector más poderoso. En la tesis se explica el origen del poder de cada uno de estos sectores de los frentes oligárquicos y la forma en que se entrelazan y apoyan unos con otros.

—Dice usted que los Estados Unidos no apoyan a las burguesías nacionales...

—Si los Estados Unidos estuvieran aliados a las burguesías latinoamericanas, como se dijo durante tantos años, ayudarían a mantener funcionando el sistema democrático, que es el régimen político propio de la burguesía, y el caso ha sido el contrario; ellos han sido determinantes en el derrocamiento de todos los gobiernos democráticos de la América española, y han llegado hasta el aplastamiento, o el intento de aplastamiento, de los movimientos democráticos, mediante el uso de su poderío militar, de manera encubierta o abierta. ¿Quién tumbó el gobierno de Arbenz en mil novecientos cincuenta y cuatro; el de la República Dominicana en mil novecientos sesenta y tres, el de Goulard en mil novecientos sesenta y cuatro, para mencionar sólo tres? ¿Quién envió un Ejército a mantener el poder de la oligarquía en México en mil novecientos catorce o de la de Santo Domingo en mil novecientos sesenta y cinco? En los países de la América Latina donde fue destruido el frente oligárquico, como sucedió en México entre mil novecientos diez y mil novecientos veinte, la burguesía que se formó acabó aliándose a los Estados Unidos, de manera que, en fin de cuentas, parece que da lo mismo, para los fines norteamericanos, que en un país de América Latina domine la oligarquía o la burguesía. Pero para nosotros no da lo mismo. A la hora de luchar hay que distinguir claramente quiénes son los enemigos y quiénes no deben ser lanzados al campo ene-



viceversa. Los grupos dominantes de esos países son los frentes oligárquicos, y es dentro de éstos donde funciona el imperialismo pentagonista.

—Antes de continuar, señor Bosch, ¿quiere explicarme lo que entiende usted por burguesía nacional y por oligarquía o frente oligárquico?

—Los sectores oligárquicos tienen ca-

migo. Creer que nuestros enemigos están encabezados por las burguesías ha sido un grave error táctico, derivado de un análisis incorrecto de la composición social latinoamericana. Nuestros enemigos son los frentes oligárquicos, instrumentos nacionales del poderío imperial-pentagonista, y es contra ellos contra quienes hay que luchar.

art buchwald

NIXON Y LA CIRCULACION

WASHINGTON.—El presidente Nixon se captó la simpatía del pueblo norteamericano la otra semana cuando, tras volar sobre Washington en un helicóptero y observar la congestión del tráfico matutino, dijo:

—Me alegra no tener que conducir un automóvil para ir a mi trabajo...

Ahora bien, puede que haya algunos automovilistas descontentos que comparen esas palabras con la famosa frase de María Antonieta de que "si no tienen pan, que coman queso", pero creo que serían injustos con el señor Nixon. Lo que él quiso decir realmente es que con las actuales condiciones le sería difícil vivir en los suburbios y ser al mismo tiempo presidente de los Estados Unidos.

Supongamos que tuviera que ir a la Casa Blanca cada día desde una casa suburbana en Virginia. Son las siete de la mañana. Pat acaba de hacerle el desayuno. Le pregunta:

—¿Qué automóvil vamos a usar conjuntamente esta semana?

—El de Henry Kissinger —contesta el presidente.

—Ya usamos el de Ron Ziegler la semana pasada y usaremos el mío la próxima. Es una molestia, pero es mejor que llevar los tres automóviles.

A las siete y cuarto suena un claxon.

—Es Henry. Hasta luego querida. Regresaré entre las seis y las nueve, según el tránsito.

Henry, Ron y el presidente salen hacia Washington por la carretera Shirley. Kissinger dice al presidente:

—A las ocho y media de la mañana tiene usted una reunión con los dirigentes del Congreso; a las nueve y media una visita del embajador soviético. A las once recibirá al presidente de Zambia, luego almorzará con los jefes de estados mayores y después tendrá una reunión con el Consejo Nacional de Seguridad.

—Henry, no hable más y preste atención al volante...

Quince minutos más tarde los vehículos van pegados uno tras otro.

—¿Qué ocurrirá? —pregunta el presidente.

—Creo que el atasco en Langley, señor. Están cambiando los turnos de los agentes secretos y parece que el tránsito está congestionado.

—Ron, toma nota de que hay que trasladar la Oficina Federal de Investigación a Maryland. ¡Santo Dios, ya son las ocho y cuarto! No podrá llegar a tiempo para recibir a los dirigentes del Congreso. ¿Funciona el teléfono del coche?

—Sí, señor.

—Llame a mi secretaria y dígame que cancele las primeras citas. Espere un momento. Parece que ha habido un accidente. Cancele también la visita del embajador soviético.

A las diez de la mañana se aproximan al puente Chain, todavía en Virginia.

El presidente dice:

—Henry, el automóvil parece estar demasiado caliente. Deténgase y déjelo enfriar.

—Pero entonces no podrá usted recibir al presidente de Zambia...

—Nada puedo hacer para evitarlo. Ron, llame a la Casa Blanca y diga que cancelen la cita con el presidente de Zambia. Henry, ¿por qué no trata de ir por el otro puente? Tal vez pueda almorzar todavía con los jefes de estados mayores...

Al mediodía, el presidente llega a toda prisa a su despacho y comienza a leer telegramas. Una hora después pide que llamen a Kissinger.

—No está en su despacho.

—¿Dónde está?

—Buscando sitio donde aparcar el coche.

Por la tarde, de regreso, el presidente abre la puerta de su casa, en Virginia, a las ocho menos cuarto y dice:

—Pat, ¿por qué tiene Tricia que colocar su coche de modo que bloquee la entrada?

La señora Nixon contesta:

—¡Buena, no tienes por qué gritarme!

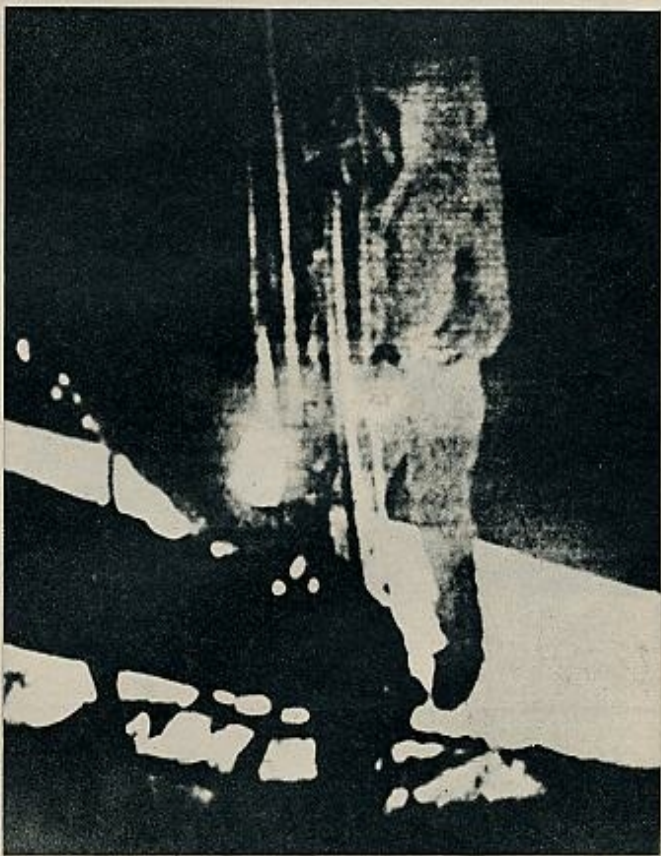
—¿Cómo analiza, a la luz de su tesis, el último golpe militar peruano y la situación que ha creado?

—Hasta el tres de octubre de mil novecientos sesenta y ocho, día del último golpe peruano, los golpes militares de la América Latina eran episodios culminantes en la lucha de oligarquías poderosas contra burguesías débiles. Antes de ese día los golpes terminaban con la victoria de las primeras, y la orden final para desatar los golpes era dada por los agregados militares de los Estados Unidos. ¿Por qué? Pues porque los intereses norteamericanos actúan dentro de los frentes oligárquicos, no del lado de las burguesías. Pero en el Perú sucedió lo inesperado: la pequeña burguesía militar, que había estado al servicio del frente oligárquico, actuó contra éste, con el cual rompió lo que parecía una tradición. El gobierno militar peruano comenzó golpeando al más poderoso de los miembros del frente oligárquico de su país, que es el imperialismo pentagonista; después golpeó a la Banca y ahora ha golpeado a los latifundistas. Falta ver qué hará con el comercio importador-exportador, que es otro de los sectores importantes del frente

oligárquico. En mi opinión, los militares peruanos están echando las bases para que se desarrolle una burguesía nacional, sólo que tengo serias dudas de que haya tiempo para eso, pues el desarrollo de una burguesía requiere muchos años, sobre todo en países donde el ahorro es tan bajo como lo es en América Latina.

—Un fenómeno que extraña a los observadores es el elevado grado de politización del pueblo dominicano, que ha estado sometido durante varias décadas a una feroz dictadura, sin medios de información ni, incluso, de formación.

—Debo decirle que esa ha sido nuestra labor. Cuando regresé a mi país, después de la desaparición de Trujillo, hablaba todos los días por radio, explicando al pueblo los problemas políticos, haciéndole tomar conciencia de su situación. Lo hacía en términos claros, directos, que pudieran interesar a la vez a los analfabetos y a los letrados. El resultado es lo que usted observa: uno de los pueblos más politizados de Latinoamérica. Créame usted: a pesar de todo lo que se dice, las masas se politizan muy pronto, con más rapidez de lo que pudiéramos pensar. ■ R. L. CH.



Un paso gigantesco para la Humanidad

Con más de tres horas de antelación sobre la fijada por la NASA se posó el «Aguila» en la superficie lunar. Muy lentamente descendió Armstrong por la escala del módulo. El pie tantea unos segundos (momento que recoge la foto) antes de posarse en el suelo «arenoso», que el cosmonauta sentiría —según dijo— hundirse levemente. A pesar de tanta información quemada en el tema, a pesar de que nos sabíamos de memoria, paso por paso, las maniobras del alunizaje y los movimientos de los hombres (nuestros lectores han podido comprobar la exactitud del guión que los ofrecimos la semana pasada), este momento consiguió arrancar la emoción de tantos millones de espectadores que seguían la aventura. Los saltos de Aldrin, la recogida del polvo lunar, la colocación de la bandera americana iniciaban un paseo espacial de dos horas que no por conocido de antemano en sus mínimos detalles resultaba menos fantástico. Las primeras palabras de Neil Armstrong fueron: «Este es un pequeño paso para un hombre, pero es un salto gigantesco para la Humanidad».